Mediterráneo a-junio 1965

Apuntes para una novela real

El valenciano Félix Azzati

A.P.C.E.
SIG.: 1.2 i/1527

Por Carlos Esplá

MEDITERRANEO

Nuestra nostalgia del Mediterráneo ilumina dulcemente la evocación de los hombres de sus playas que han entrado ya en el mundo mágico de los recuerdos. El Mediterráneo es, visto —adivinado— a distancia, algo más que una sinfonía marina, con el "allegro" de su brisa, el "adagio" de sus colores, el "scherzo" de su *calíu* maternal, y el "rondó" de sus perfumes embriagantes. El Mediterráneo es también una expresión humana; y el hombre del País valenciano es la cifra de esa expresión. Puede, por lo tanto, haber un valenciano tan cargado de esencias del Mediterráneo que no necesite llevar en sus venas ni una gota de sangre valenciana. La valencianía no es, en ese caso, mera ilusión. Lo que ocurre es que todo lo mediterráneo es valenciano. La savia es la misma. Así, en el caso de Félix Azzati lo que le da carácter es su ser valenciano. Azzati no nació en Valencia; sus padres no eran valencianos. Pero llevaba lo valenciano, es decir, lo mediterráneo, en la médula. De ese modo vemos ahora una Valencia y un Azzati fundidos en el mismo recuerdo, al evocar los hombres de las playas de nuestro mar en esta nostalgia mediterránea del destierro. Así pensamos al contemplar la decadencia mediterránea en el mundo de hoy... Atenas, Roma, Valencia ¿son ya sólo historia? El hombre de nuestros días necesita una inyección de latinidad, una cura de Mediterráneo, un baño de valencianía, una vuelta a nuestro humanismo. El mundo de hoy se perderá en la barbarie si no recobra su sentido homérico, virgiliano, luliano, vivista, mistraliano y blasquista de la vida. He aquí por qué nos atrae hoy el tema del valenciano esencial: el valenciano Félix Azzati.

DON JUAN

Blasco Ibañez conoció, sin duda, la gran novela de don Juan Azzati. ¿Por qué no la escribió? En sus novelas valencianas faltan estos capítulos del músico garibaldino en Valencia, del hidalgo expatriado, acogido a un oficio manual para ganarse la vida; capítulos de su existencia épica, con un punto de misterio; y también los de la formación de un valenciano en la Valencia vibrante, espiritualmente tumultuosa, de fines del siglo XIX. Don Juan había logrado ya su primer triunfo valenciano. Era, en Valencia, don Juan y no don Giovanni. Su esposa era doña Dominga. Con su modesto oficio, fué siempre don Juan. Los valencianos respetaban lo que el artesano improvisado había sido antes. Don Juan había sido director de orquesta. Don Juan recitaba versos de Leopardi. Don Juan hablaba de Mazzini. Las persecuciones políticas lo arrancaron de su patria italiana. Embarcó con su familia para el destierro. Desembarcó en Cádiz. Allí nació Félix Azzati. Era el año 1875. Y después de varias andanzas bohemias, la familia ancló en Valencia. Todos hemos conocido la casita que sirvió de puerto a los náufragos garibaldinos: en el fondo de la calle de las Barcas, que era lugar propicio para echar el ancla en la Valencia ochocentista. Creo que hubo allí una fonda, regentada por los proscritos hasta la ruina. Luego, en la planta baja, la paragüería, cuyas artes, como la de lañar cacharros, aprendió el refugiado político de otro desterrado que vivía en la misma fonda. La poesía y la música italiana se dignificaban en el pregón callejero de su oficio. Félix hacía su aprendizaje de valencianía, callejeando con su padre, llevando colgada del hombro la cajita con los útiles de lañador y paragüero. Así empiezan los trabajos y los días del valenciano esencial.

fianza en sí mismo, los poderes que representan la libertad habrán perdido de tal manera sus fuerzas que no serán ya capaces de ofrecer una resistencia eficaz, en el caso en que se quiera extender esta destrucción a la vida de la Constitución, a la vida pública en general.

Y si se abandona gradualmente esta resistencia, sin que se den cuenta los ciudadanos, los valores fundamentales como la libertad personal, la libertad de pensamiento y de palabra, la independencia de la ciencia, tendrán que hacer frente a un peligro inminente.

Entre esta opinión de los economistas liberales y la sustentada por los actuales representantes del dirigismo económico, se encuentra la intermedia de los planistas, llamémosles sindicalistas liberales, que, al hacer la exaltación del hombre real, por oposición el hombre abstracto del liberalismo, pretenden llevar al mundo trabajador a un compromiso de las realidades económicas en el ciclo de los valores puestos en común por la solidaridad progresiva de la humanidad.

Economía dirigida, pero economía humana, humanizada, humanísima. La Economía al servicio del hombre. Una Economía optada por el hombre, y sin aquel apelativo de "ciencia siniestra", de Carlyle.

Grabado en madera de Danäens.

PRELUDIO

Félix va a un colegio religioso para sus enseñanzas de párvulo. Lo expulsan por rebelde. ¡Magnífico preludio! Aquí ya está formándose el valenciano de la calle, el blas*quista en potenica*. Don Juan acaso sueña con que su hijo sea artista: Félix u otro hijo. Don Juan, el patriarca garibaldino, tiene diez y seis hijos. Félix u otro será artista. ¿Escritor? No. Artista. Pero, sabidas las primeras letras, hay que aprender un oficio. Las primeras letras abren a Félix el mundo mágico de la lectura. A... b... c..., y a leer. Félix entra de aprendiz en el estudio de un pintor y, poco después, en un taller de carruajes, como forjador. El martillo, la forja. El valenciano esencial es ya un obrero valenciano. Un obrero que lee todo lo que cae en sus manos. La Valencia del ochenta y tantos se está preparando para la eclosión blasquista. Don Juan enseña música a su hijo y ayudante. Félix aprende a tocar el piano y la flauta.

LOS LIBROS

Frente a la paragüería está la librería de Sempere, donde luego hemos conocido la de Maraguat. Don Paco tiene un biblioteca circulante, con clientes de dos clases: los que pagan dos reales y los que pagan una peseta. Dos reales al mes dan derecho a la lectura de libros viejos; las novedades literarias están reservadas a los clientes de una peseta. El obrero forjador Félix Azzati es cliente de dos reales. Es un obrero en plena embriaguez de emancipación intelectual. El mal del siglo es una tempestad de lecturas bajo un cráneo. Félix Azzati es ya un valenciano de la calle y un lector insaciable. Un día entra el mocito en la librería de Sempere y pide un libro prohibido para los clientes de dos reales. Don Paco trata de explicarle los principios mercantiles de la discriminación. El obrerito se insolenta. ¡Oh privilegio de los ricos! Discuten el librero y el cliente. En la librería se reúne a esas horas una peña de escritores jóvenes, poetas, músicos, pintores... Uno de los jóvenes de la tertulia —barba, perfil morisco, chambergo— se interesa por aquella discusión. ¡Un obrero que quiere leer y no tiene dinero para adquirir los libros que desea! La escena encaja en el romanticismo social de la época. El joven del chambergo se acerca y le dice al obrerito:

—¿Le gusta leer?

—A eso vengo, pero don Paco no me deja *los libros que le pido.*

—Pues mi biblioteca está a su disposición. Aquí tiene mi tarjeta. Venga usted por casa.

Félix lee en la tarjeta este nombre: Vicente Blasco Ibáñez.

EL SEÑOR CRESTA

Blasco tiene ya nombre como escritor. Estuvo desterrado en París. "El Correo" de Ripollés ha publicado las crónicas de su primera expatriación. Ha sido secretario de Fernández y González. Ha escrito sus primeras novelas folletinescas. Con un grupo de jóvenes exaltados predica el evangelio federal en los pueblos, en los casinos de barrio, en el Cabañal. Ha fundado "La Bandera Federal". Se está forjando el gran partido republicano de Valencia. El aprendiz de forjador visita a Blasco en su casa. Cautiva a la familia con su simpatía, su viveza, su desparpajo. Félix siente una entrañable admiración por aquel agitador apasionado, que habla de arte y de libertad, de la redención del pueblo y de las grandes luminarias de la humanidad. A Blasco le hace gracia aquel obrerito despierto, vivo, tan exaltado como él. Azzati se lleva para leer en su casa los libros de la biblioteca de Blasco, y no los lee: los devora. El obrerito piensa que también él puede ser escritor, y emborrona sus primeras cuartillas. Mas ¿para qué?... Le atrae la vida de los escritores y de los artistas. ¡Si él pudiera dejar el martillo de forjador, y asistir a las tertulias bohemias del café España, y hablar en los mítines, y tener sus aventuras!

Azzati va a cumplir veinte años. Lleva un bigotito que aspira a ser mosqueteril. El pelo rebelde le forma un remolino, una ola, un moñete en lo alto de la cabeza, como una cresta de gallito. Blasco lo observa y pronuncia la palabra bautismal:

—¡Señor Cresta!

—*¡Ché, té raó!* —exclaman los contertulios de la librería de don Paco Sempere.

LA PALABRA Y LA PLUMA

Azzati quiere hacer su aprendizaje de orador. Cuando llega la *fira de Nadal* anuncia no sé qué fenómeno en la puerta de una barraca.

—¡Pasen, señores, pasen!

—*Anem a vore al senyor Cresta. S'ha fet orador* —propone Blasco.

Los amigos de la peña de la librería recorren las barracas de la *fira*. A la puerta de una de ellas perora el joven orador.

—Pasen y verán el mayor fenómeno...

—¡Bravo! ¡Bien! ¡Magnífico¡

Es la ovación que tributan sus inesperados admiradores al *senyor Cresta*. El orador tiene que abandonar la tribuna ante aquel excesivo homenaje...

Un día, Blasco, con las pesetillas de una modesta herencia familiar, compra una máquina plana y unas cajas tipográficas. Va a aparecer "El Pueblo". El *senyor Cresta* formará parte de la redacción. Ha llegado la hora de dejar el martillo y tomar la pluma. Y también, vivir como un artista: ser músico. Las lecciones de don Juan le van a servir y Félix logra una plaza de flautín en la orquesta de un teatro. En "El Pueblo" escribirá grandes artículos que armarán, seguramente, una revolución en Valencia.

—Para empezar —sentencia Blasco— *el senyor Cresta* se encargará de la sección de "Caza y Pesca".

Y así empieza la vida periodística de Félix Azzati; escribiendo gacetillas...

—¿Y el *senyor Cresta?* —pregunta Blasco alguna noche.

—*Está en lo teatre, tocant el flautí...*

—*Anem a vóre-lo.*

Y Blasco se dirige al teatro, con su séquito de "Caballeros de la Luna": Andrés Just, Sorní, Herrero, Alfaro, el *coixo* Senent, Roca, Tomás Ortega, Manaut, Avalos, Montañés, Fernando Llorca, Fillol, Serrano Clavero, Vinaixa... Ocupan la primera fila de butacas, junto a la orquesta. El joven músico, cuando los ve, empieza a reír y estropea las notas.

—*¡Ché, aixina no hi ha manera de tocar!*

Así termina su carrera de músico profesional.

LA REVOLUCION EN VALENCIA

Toda la actividad del joven aprendiz de tantas cosas se consagra al periódico. empeñado ahora en una obra gigantesca. Blasco traza una noche el programa, sobre las cuartillas que pasan de la mesa de redacción a las cajas, apenas escritas: "La Revolución en Valencia". La redacción de "El Pueblo" es club revolucionario, ateneo, convención, aula, logia, tertulia, ágora, catacumba, academia, templo, casino, todo en fin. Todos hablan, discuten, opinan, se disputan las cuartillas de Blasco para leerlas antes de ir a las cajas.

—*¡Ché, no deixéu treballar a don Visent!*

Blasco llama a Pepito Rosell:

—Pepito, sácame a estos locos de aquí, que no me dejan escribir.

El "popular artista natural de Alginet" cumple concienzudamente su importante papel de loquero.

—¡Todos están locos! —exclama convencido Pepito Rosell, ante aquella tertulia delirante, que habla a gritos de Pí y Margall, Polavieja, el cardenal Sancha, la escuela laica, Cánovas, Cuba, el Concordato, la reforma del barrio de Pescadores, la última "Carmen" del Principal, Zola, Maceo, Proudhon, la "Numancia", los carlistas, el *ú i el dos*, las aguas potables de Valencia, Sorolla, el pacto sinalagmático, Tolstoi, el rosario de la aurora, la Universidad popular, "doña Virtudes", la guardia civil, Bakunín, Salmerón, la música de Wagner y otros temas apasionantes. Azzati vive en aquel ambiente sus minutos más intensos.

¿Qué pensará Castrovido cuando caiga, al salir de la cárcel de San Gregorio, en aquella redacción babélica, tumultuosa, valenciana?

INTERMEZZO

Es el momento del Renacimiento valenciano. Renacimiento artístico: Llorente, Llombart, Blasco, Giner, Sorolla. Renacimiento económico: naranjas de oro convertidas en oro de libras esterlinas. Renacimiento político: el gran partido republicano se hace en la calle. El obrero valenciano deserta la taberna y lee "El Pueblo". La revolucionaria Valencia quita el sueño a los políticos de la Restauración. Azzati vive ilumi-

nado por los destellos blasquistas. De la sección de noticias ha pasado a escribir algún suelto, algún articulito. Habla en los mítines republicanos. Un día lo presenta como orador en un mitin el presidente del Centro Republicano de Masanasa, para quien el título más elevado en la escala intelectual era ser *lisensiao en Siensias.*

—Pueblo de Mazanaza: Va a haser uso de la palabra el señor Seti. Su patria es Roma, pero no pudiendo vivir serca del Papa se vino a Valensia, para luchar contra el Vaticano al lado de don Visente Blasco Ibáñes... El señor Seti es trípite, es desir, que habla siete idiomas... ¡Ah, me se olvidaba!... El señor Seti es también... ¡lisensiao en siensias!...

Pero Azzati habla ya con pasión y escribe con nervio. Ya no le llaman en la redacción de "El Pueblo" *el senyor Cresta.* Tiene vigor popular en su palabra y en su pluma, imaginación, fantasía, emoción. Se ha formado ya el valenciano esencial. Cuando se pasa del siglo XIX al siglo XX, el hombre de lucha y de pluma está ya cuajado. El Mediterráneo blasquista ha hecho su obra. Obra lograda explosivamente, desordenadamente, anárquicamente. Lecturas y luchas callejeras. Mítines y cuartillas... República y obrerismo. Dreyfus y pescadores del Cabañal. Todo lo que da Valencia lo ha asimilado el valenciano esencial... Azzati se ha casado. La vida ha ido resolviéndose milagrosamente. Hay una Providencia especial para los periodistas republicanos... Ahora falta la prueba del extranjero.

"DESDE LAS TRISTES MARGENES DEL SENA..."

En 1903 vive Azzati su primer destierro. Llega a París con su mujer y su hijita Elsa. No tiene dinero. Va a visitar a Bonafoux, la "víbora de Asniéres". Bonafoux escribe con veneno un artículo sobre el periodista desterrado que se lanza a la conquista de París. "En París —le dice Bonafoux— no hay nada que hacer, mas que pasar hambre".

Y hambre pasan los desterrados en París. Muere en París Elsa. Entierro de pobre. Azzati solo detrás de la cajita blanca, un día lluvioso de París. Nace en París Renán. Trabajos y miseria.

Azzati consigue, al fin, una corresponsalía de un periódico de Barcelona. Trabaja por las noches en los bajos de la Bolsa. (Yo he conocido veintitantos años después esas veladas periodísticas). Allí trabajan otros corresponsales extranjeros, que guardan celosamente las noticias importantes, para que no se las "pisen" los compañeros.

Los telefonistas avisan las conferencias internacionales de prensa.

—¡Londres, al tres!

—¡Roma, al cinco!

—¡Bruselas, al dos!

A.P.C.E.
SIG.:

Un periodista italiano lee los párrafos más importantes de su conferencia en clave. Azzati, desde la cabina contigua, toma nota del lenguaje enigmático y luego compra el periódico italiano que publica en claro dichas crónicas telefónicas; y así descifra la clave. De ese modo consigue luego varios éxitos periodísticos en su corresponsalía de Barcelona.

Da también lecciones de español. Tiene entre sus alumnos a un inglés rico y extravagante, que le paga con esplendidez. La miseria queda atrás. ¡Pobrecita Elsa, que no conoció los días de abundancia! Poco después termina el destierro. Azzati ha tenido una ruda prueba profesional. Es un periodista que puede ir por el mundo. Y vuelve a Valencia. El valenciano esencial va a reñir su lucha descomunal, decisiva.

LUCHA CONTRA EL INTRUSO

El intruso ha revuelto y dividido al republicanismo valenciano. El blasquismo, sin embargo, se ha hecho más fuerte y combativo. Valencia es blasquista. Pero hay que luchar contra el intruso. El león contra los mosquitos venenosos. Blasco quiere luchar con enemigos de su talla. Pero ¡hacer frente a aquellas miserias, a aquellas tormentas de porquería!... Tartarinadas, caza de gorras, y navajeo innoble. Blasco se asquea. Le llama en el mundo su obra de gran novelista. Blasco va a dejar Valencia. Don Gaspar, su padre, liquidará el periódico. Faustino Valentín se encarga de la dirección de "El Pueblo". Se hace servir la cena en la redacción, y los redactores, por la noche, preguntan si ha venido "Don Cenón". Más tarde, Julio Jiménez será gerente: compra una caja de

caudales, que instala en la Administración, y se pasa el día metiendo y sacando de la caja unos libros donde no se pueden apuntar más que los apuros administrativos de la empresa.

Frente al intruso, salta a la palestra Félix Azzati. ¿Lucha baja? ¿Navajeo? ¡Ahora veréis lo que es un valenciano de la calle! Empuña sus armas feroces de panfletista bilingüe. Una de valenciano, otra de castellano municipal. *"¡La Barraca", que vé bona!"* Al fin, con sus mismas armas, queda derrotado el intruso. El Arcángel blasquista tiene a sus pies al dragón, simple fardacho de falla. Es el triunfo del valenciano esencial contra el intruso. Todo el secreto está en saberse elevar luego, en no mancharse las alas para volar. Azzati, tras el ataque en picada, sabe volar alto. En el mitin de Pizarro, Blasco Ibáñez nombra a Azzati director de "El Pueblo", le transfiere la jefatura del partido republicano y le ofrece el acta por Valencia. Es el año 1908. Aquel mismo año Félix Azzati es elegido diputado por los republicanos valencianos.

UN REPUBLICANO DE ANTES DEL 14 DE ABRIL

En la política nacional se han desvanecido las ilusiones republicanas de la Unión de 1903. Subsisten algunos viejos partidos nacionales. Lerroux da bríos a su partido radical y a sus jóvenes bárbaros (Azzati llama a Lerroux, caudillo y orador: "el sargento Cicerón"). Los republicanos de provincias forman partidos autónomos. El de Valencia se llama "Unión Republicana Autonomista". Vienen años de lucha en la calle y en el Parlamento. Conmoción española. Resurgir valenciano. La semana trágica. La Exposición de Valencia. ¡Maura, no! Pérez Moso. Los sucesos de Cullera.

Aquí Azzati se lanza a una lucha tremenda para salvar del patíbulo vidas valencianas. Lleva su campaña a Europa. Se entrega por completo a la humanitaria misión. El general Echagüe declara el estado de sitio en Valencia, suspende "El Pueblo", destituye a la mayoría republicana del Ayuntamiento valenciano. Por fin, se consigue el indulto. Años más tarde, al salir de presidio los presos de Cullera irán todos a darle las gracias a Azzati; todos, menos uno: el Chato de Cuqueta.

"El Pueblo" reaparece con más bríos, tras la suspensión y la censura. Marco Miranda ha pasado del cuartito del corrector al despacho del redactor jefe. El periódico torna aliento. Remoza su plantel de colaboradores. Azzati esgrime la pluma y la espada. Se bate veintisiete veces. (En un mismo día dos duelos, con los hermanos Maestre, y hiere a los dos). En otros lances, él recibe dos heridas graves. El bigote de Azzati es completamente mosqueteril, como su péñola. En él se ha formado el periodista de combate y el escritor enjundioso. Este se revela ya en su libro "El primer pensamiento", en sus crónicas políticas y literarias. Pero el buen escritor no ha matado al hombre de la calle, presto a la réplica mordaz, a la frase feroz, a la lucha cruda. En unas elecciones, los carlistones de Valencia rezan para que Azzati no salga diputado. Confían para ello en la Virgen de los Desamparados, a la que elevan sus preces electorales. Azzati tiene entonces un desplante tremebundo, que horroriza a todas las beatas valencianas y estremece a todas las sacristías. Azzati dice: "Yo tengo más votos que la Virgen de los Desamparados". Y el escrutinio electoral le da la razón.

X. X.

Se produce la conflagración mundial de 1914. Blasco Ibáñez envía a "El Pueblo" sus nuevas crónicas de París en guerra: "París ríe", "París canta"... "El Pueblo" defiende con pasión blasquista la causa aliada. En sus columnas aparece un comentario diario de la marcha de la guerra, que revela grandes conocimientos militares y políticos. Se titula "La situación", y lleva esta firma: X.X. El autor es Félix Azzati. Luego, los sucesos del 17... Solsona, Pepe Luis Estellés, Julio Just y yo somos entonces los "jóvenes" de "El Pueblo". Castrovido envía su colaboración casi diaria desde Madrid. Valencia todavía tiene un ambiente provinciano encantador. Es, en la España monárquica, una República levantina. Cuando condenan a los miembros del Comité de huelga del 17, Azzati ofrece elegir diputado por Valencia a uno de ellos. Que hagan otra tanto Madrid, Barcelona, Asturias, y los cuatro saldrán de presidio.

Así es diputado por Valencia Daniel Anguiano. Besteiro por Madrid, Largo Caballero por Barcelona, Saborit por Asturias. La iniciativa fué de Azzati, que hizo desde "El Pueblo" un llamamiento a los republicanos.

A LA LUZ DEL DIA

¿Qué hombre es Azzati en su madurez? Se había logrado plenamente en él el valenciano esencial. El republicanismo valenciano era él. Azzati tenía la emoción valenciana y la emoción republicana.

Estaba enfermo. Se refugiaba en su gran despacho, con la columna salomónica en el centro y la chimenea dantesca, y hacía música. Alguna vez le oí decir:

—Aquí (en su gran despacho) me pondrán cuando muera. Por aquí desfilarán los correligionarios. Yo ya sé dónde tengo que morir.

No lo sabía.

Otras veces se refugiaba en otras emociones, para vencer su enfermedad. Pero todo a la luz del día, con esa vocación mediterránea a vivir transparentemente, en medio de la calle. La casa de Azzati estaba abierta para todos. Azzati no rechazaba a nadie, más que a los borrachos. Su dolencia le imponía esa defensa física. Pero cualquiera entraba y salía de su casa. Le pedían las recomendaciones más inverosímiles. Azzati cogía papel y pluma y escribía la recomendación. "Un día —decía— me van a pedir una recomendación para el arzobispo, y tendré que hacerla, porque ya no sé negarme".

En su vida al aire libre, a la vista de todos, no había impudor, sino ausencia de hipocresía; naturalidad y no cinismo. Otros ocultaban tartufescamente sus flaquezas; él, no. En esa naturalidad suya había un gran fondo de bondad propia, de confianza en la bondad ajena. Era una naturalidad adánica, totalmente mediterránea.

Leía mucho. Escribió por entonces páginas maravillosas, como sus crónicas breves de "El Pueblo" y su prólogo a una obra de Pirandello. Le ví hacer lo que pocos escritores habrán intentado: dictarle directamente al linotipista. Y en la línea fundida quedaba su frase perfecta, armoniosa. El escritor refinado, trabajado por la lectura, abrirá años más tarde, durante la dictadura, en las columnas de "El Pueblo", un recuadro delicioso: "A la luna de Valencia", con una firma llena de ternura: "El Tete".

EL DESQUITE DEL SEÑOR CRESTA

Azzati recordaba sus tiempos infantiles, sus comienzos difíciles. También con naturalidad. ¿Por qué no estudiar a los cincuenta años lo que no había podido estudiar a los quince? Se hizo bachiller y sacó casi toda la carrera de Leyes en un examen. ¿Qué dice usted, *senyor Cresta?* Era emocionante esta reconquista de la juventud callejera por el hombre maduro, este desquite tardío del obrerito que quiso emanciparse por la lectura. En su vida estudiantil a los cincuenta años latía la aspiración de sistematizar todo lo aprendido sin orden ni concierto, que es como aprende el hombre de la calle y de lecturas sin maestro. Para otros hombres, la Universidad frustrada es el drama de toda una vida. Para Azzati fué el acicate y la esperanza de la suya. El hombre de lucha sabe que todo se lo ha de ganar él. Y encuentra un resorte mágico para vencer a la fatalidad. Se hace a los cincuenta años lo que no se pudo hacer a los diez y ocho. Eso es todo. Nada se entrega al hombre fácilmente, y la espera activa se llena de acción, es decir, de juventud. Félix Azzati conoció así la primera parte del desquite del *senyor Cresta,* del aprendiz de tantas cosas en la Valencia de fines del siglo. La muerte no le permitió conocer el desquite completo.

UN BLASQUISTA ANTE EL BISTURI

Un día, durante la dictadura de Primo de Rivera, recibí en París una carta de Julio Just. Había ido a Madrid para acompañar a Azzati, a quien iba a operar el Dr. Tapia.

—Ahora verás cómo va un blasquista a la mesa de operaciones —le dijo Azzati a Julio.

Y cuando, terminada la convalecencia, Azzati iba a tomar el tren para volver a su casa, la policía de Primo de Rivera lo detuvo.

Azzati había luchado bravamente contra la dictadura. Del folleto de Blasco Ibáñez, "Alfonso XIII desenmascarado" se había hecho una edición en la máquina de "El Pueblo", a la vista de todos. Como la misma vi-

da de Azzati. La hazaña era tan atrevida, que parecía inverosímil. A las doce de la mañana estaba tirando la máquina pliegos del folleto.

—¿Aun están tirando el periódico? —preguntaban los curiosos.

—Hemos aumentado mucho la tirada —contestaba tranquilamente Azzati.

Azzati supo pronto que iba a morir.

LA ULTIMA VEZ QUE LO VI

Una noche desembarqué en Valencia con Sánchez Guerra. Después de aquella fantástica velada en el cuartel de Artillería y de la visita nocturna a capitanía general, Sánchez Guerra me entregó su manifiesto para la sublevación.

—¿Habrá imprenta para tirarlo? —me preguntó.

—Sí —le contesté con seguridad.

Y me dirigí a la redacción de "El Pueblo". Estaba amaneciendo. Había terminado la tirada del periódico y lo esperaban ya los repartidores. Canet, el regente, hacía sus anotaciones de la publicidad del número. Se habían marchado los tipógrafos y sólo quedaba un linotipista de guardia.

—Hay que hacer esto en seguida —dije al regente.

Canet me miraba con asombro, con alegría, con emoción. Dudaba entre despertar a Azzati —enfermo ya grave— o dejarlo descansar. El sabía que Azzati encontraría bien lo que hiciésemos, aunque no le dijésemos nada, en aquella aventura en la que tanto le comprometíamos.

—Más vale avisar al Director —dije yo—. Aunque creo, como usted, que él encontrará bien lo que hagamos.

Mientras yo redactaba rápidamente unas notas de explicación del manifiesto revolucionario, dando cuenta de la llegada de Sánchez Guerra y convocando a los valencianos para secundar el movimiento. Canet avisó a Azzati, que se vistió apresuradamente. Salió a la redacción. Nos abrazamos conmovidos... A los dos se nos saltaron las lágrimas. Llevaba Azzati un pañuelo de seda al cuello. Con su voz de operado de la garganta se apresuró a decir:

—Chiquito, vamos a publicarlo como extraordinario de "El Pueblo", con la cabecera del periódico... ¡Es por la República!

—Director: ahí le dejo el original. Mírelo usted.

—A componerlo en seguida —ordenó él.

Y volví al cuartel de Artillería, donde Sánchez Guerra daba ya por fracasado el movimiento. Regresé a la redacción. Ya estaba compuesta la página del extraordinario de "El Pueblo" e iba a entrar en máquina.

—¡Empastelad esa plana! —grité.

Enteré a Azzati del fracaso.

—Estoy muy enfermo... Quería ver la República... —me dijo.

Nos abrazamos con gran emoción. Fué la última vez que lo ví. Fué en el gran despacho suyo, donde él creía que iban a colocarlo cuando muriese.

CAPITULO FINAL

Unos meses después moría Azzati en una casa de la calle Pascual y Genís. Este mes de junio hace diez y seis años.

Valencia supo que había muerto algo suyo al morir este valenciano esencial. El Mediterráneo es una expresión humana. Se puede no nacer valenciano. Pero se vive y se muere valenciano. El Mediterráneo hace el prodigio. Por eso la imagen de mi evocación lleva esa leyenda: el valenciano Félix Azzati. Con todo lo que es aquella Valencia, hecha aquí, ahora, presencia y recuerdo. Como es presencia y recuerdo Félix Azzati.

A.P.C.E.
SIG.: